



## La figura cúbica

### ***El discurso***

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 31 de mayo de 1990

Desde que la docta y benemérita Institución José Cornide de Estudios Coruñeses se acordó de mi, no saben cuánto he padecido a cuenta del famoso discurso de ingreso. En principio su tema no me provocó grandes problemas, versaría sobre el periodismo coruñés. Sería un estudio lo más amplio y lo más generoso posible acerca de los periódicos y los hombres que los hicieron desde los remotos orígenes hasta el año 1936.

Documentarse fue relativamente fácil, tuve ayuda de personas eruditas y resultaron gratificantes las horas de trabajo en la Real Academia Gallega. Más tarde, ordenar las notas y las ideas, llegar a una síntesis, hacer que fueran sencillas las cosas complicadas y luego ponerse a escribir se convirtió en una dificultad tan grande que acabó matando en mí la inspiración y creando el desaliento.

Me acordaba de Eugenio Montes, aquel hombre de inteligencia privilegiada que nunca llegó a escribir el discurso de ingreso para la Academia Española.

¿Me pasaría a mí lo mismo con el Cornide? Navegaba por el Amazonas (el septiembre de 1989), me acordaba del discurso y la preocupación se instalaba en mi pecho. Andaba por Egipto viendo las Pirámides y otra vez el dichoso tema del discurso sin hacer. Era como una pesadilla que me perseguía también por el Camino de Santiago de Galicia a Rioja o viceversa.

Hala, ¡qué haces que no escribes el discurso!

Y lo malo es que, como no hacía el discurso, tampoco hacía lo demás. Ni un artículo, ni un relato de viajes y ya no digamos un libro. Nada de nada.

¿Y saben quién me ayudó, quién me sacó del trance? Curiosamente fue la lectura de otro Discurso, el original que el Señor Juan de Herrera, aposentador Mayor de Su Majestad, escribió sobre la figura cúbica en donde puede estimarse y meditarse una muy sabia prudencia:

*"En mucho devo yo estimar la merced que aquel Doctor Dimas me hace en decir que por mi causa vino a penetrar la admirable arte lulliana porque careciendo yo de todo género de estudios mal puedo abrir las puertas de una tan alta y tan poco conocida doctrina, y methodo de saver, pero el Señor en quien está la plenitud de saviduria, abre a veces los entendimientos de los que poco saben y les hace decir algunas cosas... subidos misterios y secretos difíciles de calar y entiendo ser una la figura cubica raíz y fundamento de la dicha arte lulliana".*

También en el Discurso se encuentra una cita de Baltasar Porreño relativa a Felipe II: *"Fue tan grande su prudencia, que se fue al Escorial con intento de no*



*salir jamás dél, y como de atalaya, contemplar las ondas del orbe y así tenía todas las acciones del cuerpo en un lugar...".*

Esas ondas misteriosas que surgen de los viejos tratados, en donde se extrae la sabiduría de la ciencia heterodoxa, sin duda se aposentó de mí y con la ayuda de la misteriosa figura cúbica, a la que por agradecimiento dedico esta primera crónica, me hizo escribir el final de mi discurso (que el principio ya estaba escrito desde hace un año) con una facilidad que ni Camilo José Cela. Y no solamente lo escribí sino que me divertí enormemente escribiéndolo.

Durante semanas he vivido en la compañía de los coruñeses más interesantes de su tiempo, empezando por Manuel Pardo de Andrade y acabando por Juan Fernández Latorre, dos figuras claves y curiosamente semejantes, en la historia del periodismo coruñés.

Una vez más, me encandiló la historia liberal de la ciudad seguida a través de sus publicaciones y de nuevo se me presentó el enigma de cómo una ciudad de 35.000 o acaso 40.000 habitantes, aquella Coruña de hace 100 años, prácticamente incomunicada, unida, a través de La Carrilana, a una Compostela y a una Galicia rural en donde todavía imperaba el espíritu medieval, cómo aquella Coruña pudo contar con unas minorías tan inteligentes: Manuel Murguía, Leandro Carré, Benito Vicetto, Salvador Golpe, el fascinante Médico Rodríguez, el doctor Pérez Costales, Martínez Solazar, Juan Fernández Latorre, Bernardo Barreiro de Vázquez Varela, Alfredo Brañas, Vicenti...

Tengo por cierto que Alfredo Vicenti fue uno de los más importantes periodistas gallegos. Su vida por otra parte es muy interesante y como Rosalía, su gran amiga, parte de una infancia inclusera. No se sabe qué manos desconocidas depositaron aquella criatura en el torno del hospicio de Santiago. Al niño le impusieron un nombre de pila y los apellidos Vicente y Rey. Cuando comenzó a escribir, Alfredo transformó el Vicente en **Vicenti** que le sonaba mejor.